

Repensando la comparación entre el Inca y Mariátegui de Edgar Montiel

EN 1994 EL ACADÉMICO Y DIPLOMÁTICO PERUANO Edgar Montiel dictó una conferencia magistral en el Simposio Internacional dedicado a Mariátegui que tuvo lugar en Lima. Posteriormente el texto fue publicado con el título “Política de la nación: el proyecto del Inca Garcilaso y de Mariátegui en el Perú de hoy”, tanto en *Cuadernos Hispanoamericanos* como en otras publicaciones en papel y más tarde también en formato electrónico. Desde el título nos señala ese importante escrito que era su intención ir más allá de la mirada impersonal que la academia acostumbra; lo comprueba una observación presuntamente pasajera acerca de cómo participó en la conspiración de Túpac Amaru el vecino Miguel Montiel, del pueblo de Oropesa, hombre de posición acomodada, que había viajado por España, Francia e Inglaterra y era lector de los *Comentarios reales*; una nota agrega datos familiares detallados sobre sus parientes los Montiel, actualmente dispersos por la zona del Cusco.

Para los fines del artículo, la cobertura a este personaje marginal parecería innecesaria, sin embargo es precisamente una indicación de la intención de este otro Montiel por seguir el ejemplo de los dos individuos que dan título a su trabajo y que quiere estudiar en su línea de involucramiento personal con su momento histórico. No era para menos ya que el texto nacía entre los gravísimos problemas que enfrentaba el país andino en ese fin de siglo y que hicieron pensar a algunos en un colapso del Estado como consecuencia de la crisis económica, el terrorismo y el desorden social que tuvieron el estallido de una epidemia de cólera como una especie de plaga simbólica. Un cambio de época, lo vemos ahora, con el triunfo electoral de Alberto Fujimori y el fracaso de Mario Vargas Llosa. El mundo, por otro lado, acababa de presenciar la caída del Muro de Berlín y una consiguiente oleada de propuestas conservadoras. Montiel acababa de llegar a Cuba como funcionario de la Unesco y pudo ver de cerca la problemática del país ante el acontecimiento.

El inicio del ensayo, referido a las raíces de la experiencia personal de Montiel con respecto al mestizaje, marca al mismo tiempo su originalidad y la razón de fondo por la cual el organizador del *dossier* ha querido reseñarlo y replantearlo a la atención

del lector de *Cuadernos Americanos*. El ensayo, en efecto, está centrado en la innovadora y reveladora comparación entre Garcilaso de la Vega y José Carlos Mariátegui. Por todo ello, hemos referido a esta esencial interpretación histórico-historiográfica de Montiel acerca de la valoración del mestizaje y de la “mestizidad” andina, así como integrado el colofón que el colega ha enviado en diálogo con el ensayo de Alberto Filippi, que introduce y explica las razones del *dossier*.

Sorprende la “actualización” que opera sobre la obra del primero:

El libro de los orígenes del Perú contemporáneo es, sin duda, los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega. Es la primera versión *moderna* de la historia peruana desde el mestizaje. Para historiar el poderoso y complejo proceso de “mezcla de ambas naciones” nadie mejor que un hijo de princesa cusqueña. Con el choque de civilizaciones, la palabra de los pueblos originarios se sometió a la forma *escrita*.

Fue una obra que tuvo muchos lectores, dice a continuación, los cuales “se llamaron Campanella, Bacon, Morelly, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Diderot entre muchos otros”, no sólo el lejano Miguel Montiel sino también los actores de la independencia americana, y personajes comparables hasta el presente. Hasta el mismo autor, que interroga a Garcilaso sobre las cuestiones del presente, con el lenguaje de la época (estaba haciendo mucho ruido la idea del “choque de civilizaciones” de Samuel Huntington, expresión que hemos visto en la página de Montiel) y los interrogantes del momento: frente a las muchas dudas sobre el valor de los grandes relatos, se señalan características sumamente modernas de Garcilaso, que recuperaba el valor de la tradición oral, del testimonio, de su metodología para recabar información y criticaba la historiografía oficial elaborada por quienes ignoraban “de diez partes las nueve”, y especialmente el quechua, núcleo de aquella tradición en la cual él había crecido, ignoraban las múltiples vivencias asociadas a la vida cotidiana, al sabor de la comida y al calor del hogar. Concluye:

El Inca procedía pues con método y discernimiento. No hubo cronista que se impusiera tantas precauciones y cuidados para el rigor de su trabajo histórico, y con la enorme ventaja de ser un quechuahablante —su lengua materna—, ser protagonista y testigo y reunir información con fuentes de primera mano, que le fue confiada por sus parientes porque sabían que se

trataba de un historiador indio [...] no es pertinente por eso ideologizar su obra, sino reconocer sus motivaciones de objetividad.

Tales caracteres le sirvieron a Montiel para acercarnos la comparación que establece con los *Siete ensayos* de José Carlos Mariátegui. “Uno de los libros pioneros en el estudio de las sociedades latino-americanas [...] un primer intento de interpretación global, estructural y causal de la formación peruana”, lo llama acertadamente, algo que en estos años transcurridos ha seguido confirmándose no sólo con muchos trabajos dedicados a su obra, sino también con estudios que versan en torno a las *lecturas de Mariátegui*, lo cual da idea de su cuantía y fecundidad.

Del mismo modo que en sus breves frases sobre Garcilaso sabía Montiel destacar urgentes caracteres de actualidad, de los *Siete ensayos* destacaba la perspectiva histórica, la perspectiva global y la perspectiva estructural. Las tres ya han llegado a ser parte cotidiana del discurso académico, y por eso mismo se hace necesario explicar su aparición cuando eran más la excepción:

La perspectiva histórica exigía adoptar una visión procesal, dialéctica, contrastante de los hechos. La sociedad actual es el resultado de una evolución histórica, en la que van fijándose ciertas tendencias culturales, económicas y políticas. La historia será el escenario real en que actúan las fuerzas sociales. No se trataría de un devenir marcado por azares, héroes, presidentes, inventos o la idea de destino (como lo entiende la historiografía vulgar) sino de un movimiento marcado por leyes y tendencias relativas, que dan origen a la *racionalidad del sistema* en su conjunto, y que precisamente por su presencia en la sociedad pueden ser objeto de análisis científico. En la sociedad peruana se trataría de analizar su evolución histórico-económica y las tendencias sociales que se desprenden de ella.

Rescate valioso frente a otras novedades que en aquel momento, 1994, empezaban a abjurar de la historia y, sobre todo, de su posible enseñanza; al rescatarla Montiel rescataba en Mariátegui la *perspectiva global* que “exige tratar, en lo posible, los diferentes componentes de la sociedad, en la que están comprendidas adecuadamente las dimensiones económicas, políticas, sociales, culturales, religiosas y artísticas, pero no en cualquier orden” (a notar estas palabras finales).

En cuanto a la *perspectiva estructural*, es subyacente a la perspectiva histórica, y es la que precisamente establece un ordenamiento de jerarquías en la visión global. La sociedad no es

una aglomeración desordenada de hombres e instituciones. En su organización, los diversos componentes (económico, social, cultural etc.) tienen cada uno su lugar, una función en el engranaje de la reproducción permanente de la sociedad. Es claro que estos componentes no tienen el mismo efecto en la reproducción. Tendencialmente es la estructura económica la que va a marcar la organización social y la política, pero la cultura —en su sentido antropológico— puede considerarse la categoría globalizadora por excelencia, pues expresa el *ethos* colectivo.

No podemos decir que estas características de la escritura de Mariátegui, no obstante su enunciación frecuente, hayan llegado a ser realmente incorporadas a las interpretaciones: todavía hoy pueden reencontrarse más bien aquellos prosistas enjundiosos pero tendientes a la retórica ingeniosa, al discurso gratuito, a las generalizaciones universalistas y bastante inauténticas, como caracterizaba Montiel a los ensayistas que precedieron la “verdadera innovación” de Mariátegui.

De estos dos modelos era importante destacar en ese 1994 los elementos de un pensamiento original, por lo que no se mencionaban ni los caracteres renacentistas de Garcilaso ni el marxismo de Mariátegui (sí se hablaba de la originalidad de su interpretación materialista pero el nombre marxismo sólo aparece una vez, al referirse al rechazo mariateguiano del “marxismo eurocéntrico”) porque el interés radicaba en destacar el valor de ambos para entender la circunstancia peruana que rodeaba aquella celebración. Más allá de la catástrofe que todos veían, Montiel pudo observar el nacimiento de una nueva etapa marcada por el ascenso de la plebe, los variopintos inmigrantes que cambiaron completamente el panorama urbano y sobre todo el horizonte político de su país. Cambios situados al final de la república aristocrática que remontaba a la independencia, pero que los políticos, carentes de la formación necesaria, no sabían ver, como tampoco los analistas que se basaban en una tradición letrada con su origen en intelectualidades ajenas. La descripción y valoración de ese mestizaje que llegaba al centro de la escena social y pronto llegaría a la política fue una contribución de Montiel, quien llamaba a sacar ejemplo de esas nuevas clases plebeyas, a tomar en cuenta su inventiva y a utilizar el talento existente en América Latina para construir sobre nuevas bases.

Creemos que en la actualidad el panorama en Perú y América Latina es distinto, y con gran cautela hasta aventuraríamos que

ha mejorado. Ciertamente que muchos sostienen que los fundamentos sociales, económicos, así como la inserción de nuestros países en el sistema internacional, no han cambiado, pero es indudable el renacimiento de la esperanza, una renovada etapa de optimismo, el empoderamiento de grupos emergentes y la completa renovación de los discursos. Una nueva realidad plebeya que extiende a toda la región las observaciones que se hicieron entonces.

Quizás precisamente por eso, porque los tiempos cambiaron, no quiso Edgar Montiel recuperar ese texto, pese a que no tuvo entonces la difusión que merecía. O quizás porque entre tanto la idea del mestizaje y sus posibilidades creativas, en el Nuevo Mundo y en Europa, antes y ahora, ha aparecido en muchos otros trabajos suyos, y sobre Garcilaso ha seguido ocupándose, hasta publicar recientemente un libro sobre el tema (*El Perú en la memoria del Renacimiento*, Lima, 2017). La prueba de ello es que esta selección de textos, concebida y organizada por el filósofo e historiador Alberto Filippi, ha tenido en el precursor ensayo de Montiel una de sus motivaciones más razonadas y relevantes.